

La reveladora dualidad de la vida

Gilberto Urrutia

La vida humana contiene muchos misterios que el hombre hasta ahora no ha alcanzado comprender, misterios naturales, como por ejemplo, la realidad del sufrimiento humano y nuestro destino después de la muerte, los cuales forman parte del aún más inescrutable misterio natural que representa el inconmensurable universo, y éste que a su vez desemboca en el supremo misterio de lo divino, de Dios y del Reino de los Cielos, misterio postrero e innaccesible a la inteligencia humana, pero sí al alcance de nuestra alma inmortal por medio de la fe, del amor espiritual y de la esperanza.

Todavía hoy en día, a pesar de los enormes adelantos en el conocimiento, en las ciencias y en la tecnología que ha logrado la humanidad en los últimos 10 siglos, la vida humana continúa, sin embargo, envuelta en sus velos de misterio, aunque muchos académicos pedantes se resistan a admitirlo, y aunque sigan diciendo que “todo” lo saben y que tienen “todo” bajo control.

Veamos en que se basa mi argumentación sobre la evidente incapacidad que tiene el ser humano de llegar a entender o penetrar los misterios de su propia vida:

En primer lugar, están las grandes limitaciones que le impone su propia naturaleza:

- sus ojos, que sólo le permiten ver las apariencias de la gente y de los objetos
- su egocentrismo, que le hace creer que lo que él piensa, opina, decide, cree y razona está en primer lugar y es más importante que lo del resto de la gente
- su orgullo y vanidad.

En segundo lugar, el modo sumamente parcial e incompleto de entender su propia existencia, al considerar simultáneamente sólo pocos aspectos de su ser, con el agravante de que los analiza por separado y aislados unos de otros.

La mejor prueba de esto, son por un lado, las innumerables especialidades en que se ha fragmentado la medicina moderna, y por el otro lado, las múltiples funciones o papeles opuestos que tiene que desempeñar en las diversas actividades que existen en la sociedad moderna, como: padre, hijo, adulto, niño, esposo, adúltero, amigo, enemigo, jefe, empleado, ciudadano, dirigente, consumidor, productor, fiador, deudor, paciente, médico, perseguidor, perseguido, estudiante, maestro, sufrido, protestón, explotador, explotado, guía, guiado, ignorante, letrado, etc.

Estos son apenas algunos de los factores que explican y justifican al mismo tiempo, la gran dificultad que ha tenido el hombre a través de la historia de comprenderse a sí mismo de modo integral y de concebirse en toda su plenitud, considerando todos sus aspectos en conjunto como ser viviente completo y complejo que es, algo que, si somos sinceros y nos atrevemos a reconocerlo, es prácticamente imposible.

En vista de que no es factible para nosotros llegar a conocer y a comprender todo del mundo natural, tenemos necesariamente que escoger y seleccionar los temas y las actividades que más nos ayuden a lograr vivir una vida plena.

Y para poder vivir esa vida plena y total, de lo que más necesitamos saber y lo que mejor tenemos que conocer en profundidad, es nuestro propio ser interior, es conocer nuestra alma.

He aquí, otro misterio natural y una de las grandes paradojas de la vida, que a pesar de que nuestra alma es lo más cercano, lo más importante y lo más valioso que tenemos, sea lo que menos conocemos, y en consecuencia, lo que menos atendemos y amamos.

Una de las verdades divinas más trascendentales, relevada por Dios en las Sagradas escrituras, es la existencia del espíritu en el ser humano. La realidad indiscutible de que el hombre es una dualidad de cuerpo y alma, que es nuestra dualidad original, que somos un cuerpo con un espíritu, que somos la unión perfecta de una naturaleza material visible y una naturaleza espiritual invisible en el mismo ser.

El término dualidad quiere decir: la reunión dos fenómenos opuestos en una misma persona o cosa.

En el evangelio de Mateo, Jesús dice a sus discípulos: ***"No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, y el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede llevar a la perdición al alma y el cuerpo en la gehena" Mt 10, 28***

En el evangelio de Juan, les dice Jesús a los judíos en una sinagoga:

El Espíritu es el que da vida, la carne de nada sirve. Las palabras que les dije son Espíritu y Vida. Pero hay entre ustedes algunos que no creen" Juan 6, 63

San Pablo el gran Apóstol de Jesucristo, menciona nuevamente en su carta a los Romanos esta dualidad original de carne y espíritu en el ser humano (Rom. 8, 5-6) ***"En efecto, los que viven según la carne desean lo que es carnal; en cambio, los que viven según el espíritu, desean lo que es espiritual. Ahora bien, los deseos de la carne conducen a la muerte, pero los deseos del espíritu conducen a la vida y a la paz »***

Tratando de explicar esa situación paradójica del desconocimiento de nuestro ser interior, que por cierto, es una característica más común en las sociedades occidentales que en las culturas asiáticas, podríamos argumentar que se parte de la idea general, de que el conocimiento de sí mismo, es una premisa que se supone, es decir, existe la presuposición de que todos conocemos bien nuestra alma porque está dentro de nosotros y sólo nosotros mismos tenemos acceso a ella, y además, nadie en el mundo nos la puede enseñar.

Eso es muy cierto, pero resulta que en realidad son una minoría, las personas que efectivamente han aprendido a conocerse bien a sí mismas, mientras que la gran mayoría de la gente creen o se imaginan que se conocen bien interiormente, pero es que no se dan cuenta de que muchas veces confunden sus roles adquiridos, sus actuaciones aprendidas y su modo adaptado de aparentar, con su verdadera personalidad interior.

Sin embargo, el argumento más determinante que ha influido en la falta de conciencia de lo que somos interiormente y que no hayamos aprendido a conocernos bien a nosotros mismos, es el insólito silencio que se ha extendido sobre nuestra dualidad natural de ser cuerpo y espíritu en la sociedad moderna. Un manto de silencio que se ha colocado sobre nuestra dimensión espiritual y que ha silenciado indirectamente el deseo del reconocimiento intencional y consciente de nuestra propia alma inmortal, de nuestro verdadero yo.

En este sentido, el sacerdote español Enrique Martínez Lozano escribe *"el trato velado que ha recibido la espiritualidad explica, en gran medida, no pocas características del*

modo de comprendernos, percibirnos y vivirnos en nuestro contexto sociocultural. Consumismo, economicismo, egocentrismo, hedonismo, vacío existencial... son manifestaciones de un mundo en el que se ha olvidado la dimensión genuinamente espiritual del ser humano.

La modernidad, celosa de la racionalidad y de la autonomía, arremetía contra una religión (institución religiosa) poderosa, autoritaria y dogmática, que parecía desconfiar de lo humano. Por otra parte, cegada en su propio espejismo adolescente, la misma modernidad cayó en un reduccionismo tan estrecho que no aceptaba sino aquello que fuera materialmente mensurable.

Ambos factores –el rechazo de la religión y el encierro en un materialismo cientificista– condujeron al olvido de la dimensión más básica de lo real, promoviendo con ello una cultura chata y empobrecedora de lo humano, que todavía sigue estando mayoritariamente vigente.“

Ahora bien, en lo que se refiere a la disposición o actitud de nuestra parte, la otra condición imprescindible y más importante para poder conocer y entender nuestra alma es creer que ella existe, creer que somos un alma contenida en nuestro cuerpo.

Ya el profeta Isaías lo afirmó hace miles de años, cuando dijo su conocida sentencia máxima: *“Si no creen, no entenderán”*.

Ésta máxima de Isaías es lógica: ya que si no creemos, no nos interesará en absoluto, y si no hay interés, no tendremos necesidad de conocer algo, y sin no lo conocemos, no lo entenderemos.

La ciencia ha utilizado tradicionalmente el argumento de la invisibilidad y la calidad inmaterial del espíritu humano, para descartar, y por lo tanto, ignorar la existencia del alma, y así emprender el estudio super fragmentado del mundo natural material y un conocimiento censurado e incompleto del cuerpo físico y la mente humana, lo cual es lo único que nos han enseñado en la escuela y en la universidad.

El misterio de la lucha interior

La naturaleza del conflicto interior del creyente cristiano, la explica San Pablo de la siguiente manera:

“Si vivis según el espíritu, no dareis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no haceis lo que quisierais.” Galatas 5, 16

“Sabemos, en efecto, que la ley de Dios es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco” Romanos 7, 14

Como podemos apreciar claramente, San Pablo afirma que el origen de la lucha interior que se da, sin excepción, en todo ser humano, es su propia dualidad natural de cuerpo y espíritu.

Ya ésta revelación de San Pablo es un extraordinario paso hacia el entendimiento de nuestro propio ser, nos puede ayudar muchísimo a tratar de comprender cómo funcionamos interiormente, nos indica la existencia de una lucha interior entre nuestra alma o conciencia y el cuerpo carnal, y lo más importante aún, nos explica San Pablo con su propia experiencia personal, la necesidad imperiosa que tiene el ser

humano de la ayuda de Dios, para que a través del Espíritu Santo, quien es el que actúa directamente en todos nosotros, para que logremos vivir cada vez más a menudo, más según nuestra alma que según nuestra carne.

Para San Agustín de Hipona, uno de los grandes padres del cristianismo, el hombre constituye una unidad conformada por el alma y el cuerpo.

Lo interesante de San Agustín es su concepción de la relación de rango y subordinación entre el alma y el cuerpo en el funcionamiento interior del ser humano. Según San Agustín la unidad consiste más bien en que el alma posee al cuerpo, usa de él y lo gobierna. Por consiguiente, hablando con propiedad, el hombre es el alma, es su conciencia; el cuerpo no es un constitutivo esencial de igual rango. El cuerpo es un mero instrumento del alma.

San Agustín considera que el hombre se identifica con el alma. El cuerpo cumple un papel subsidiario y temporal, ya que será destruido por la muerte. El alma inmortal es una substancia racional completa, dotada de todas las virtualidades necesarias para gobernar el cuerpo, que tiene por fin la unión con Dios.

Para San Agustín el proceso de conocerse a sí mismo puede resumirse en dos fases: una interiorización, en busca de la verdad, la cual según él habita en el alma, y a partir de allí, una autotranscendencia, por la cual el hombre participa de la vida divina. Desde este punto de vista, Dios es a la vez lo más íntimo del hombre y la trascendencia absoluta que lo supera y excede.

Yo estoy plenamente de acuerdo con ese razonamiento de San Agustín, de que el ser humano esencialmente es el alma, es la conciencia de origen divino, y es nuestra dimensión espiritual que como imagen y semejanza de Dios, tiende llevarnos hacia él.

San Pablo en sus epístolas cuando se refiere al antagonismo entre el espíritu y el cuerpo establece claramente una jerarquía de lo espiritual sobre lo carnal, del alma sobre el cuerpo, donde dice textualmente: *„Pues las tendencias de la carne son muerte; más las del espíritu, vida y paz, ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios“*.

Por esa razón estamos permanentemente eligiendo alternativas sobre qué hacer: ¿ésto o aquello? , ¿voy por aquí o por allá?, ¿lo hago o no lo hago?, etc.

Y para poder elegir bien, tenemos necesariamente que establecer prioridades o la precedencia de una cosa respecto a otra, es decir, lo que viene en primer lugar y lo que viene en segundo lugar de importancia, de valor, de urgencia, etc.

El misterio de la lucha exterior

El medio exterior donde vivimos y nos desenvolvemos, sea en los ámbitos de la familia, el trabajo y la sociedad, estamos expuestos constantemente a una serie de necesidades, dificultades, aflicciones, enfermedades, incomodidades y conflictos, sabemos que forman parte integrante de la vida humana , y que justamente por ser componente de la vida, no los podemos hacer desaparecer.

Con la ayuda de los avances de la ciencia y la tecnología vivimos hoy en día con más comodidades, facilidades y amenidades, pero al mismo tiempo, la sociedad moderna a su vez, ha creado infinidad de nuevos problemas más complejos y ha potenciado los tradicionales. De manera que el sufrimiento humano sigue y seguirá existiendo, cómo ha existido siempre.

Entonces, si una vida humana sin luchas, aflicciones y sufrimiento no se puede concebir, tenemos que concluir y aceptar, que todo aquello que nosotros percibimos y consideramos como negativo y doloroso, tiene que tener un propósito y una finalidad en nuestras vidas.

Se parte de la premisa fundamental, de que TODO lo que existe y sucede en el universo, tiene un propósito. Dios como creador y arquitecto del universo le a adjudicado un determinado propósito a todo lo que existe y sucede.

El gran misterio para el ser humano consiste en su imposibilidad de llegar comprender por sus propios medios, el propósito divino que Dios le ha dado a todo lo que sucede en su creación.

Sin embargo, a través de las sagradas escrituras y de sus revelaciones, Jesucristo nos enseñó bastante y nos pide solamente que creamos y tengamos fe en él, en el Espíritu Santo y en Dios.

En el evangelio de Mateo Jesús dice:

¿Acaso un par de pajaritos no se venden por unos centavos? Pero ni uno de ellos cae en tierra sin que lo permita vuestro Padre. En cuanto a ustedes, hasta sus cabellos están todos contados. ¿No valen ustedes más que muchos pajaritos? Por lo tanto no tengan miedo. Mateo, 10, 29

Un problema perenne para la humanidad y en especial para los creyentes, ha sido el concordar la existencia del sufrimiento en un mundo que ha sido creado por un Dios amante y misericordioso.

La pregunta lógica resultaría ser: ¿A qué propósitos podría servir el sufrimiento y con qué fin está dirigido el dolor?

San Pablo en su epistola a los hebreos nos revela una explicación del propósito de Dios para el sufrimiento en general, lo que él llama las pruebas y correcciones del Señor :

« Ustedes sufren, pero es para su bien, y Dios los trata como a hijos: ¿a qué hijo no lo corrige su padre? Si no conocieran la corrección, que ha sido la suerte de todos, serían bastardos y no hijos. Además, cuando nuestros padres según la carne nos corregían, los respetábamos. ¿No deberíamos someternos con mayor razón al Padre de los espíritus para tener vida? Nuestros padres nos corregían sin ver más allá de la vida presente, tan corta, mientras que El mira a lo que nos ayudará a participar de su propia santidad. » Hebreos, 12, 7-10

Pablo hace uso de la imagen de Dios como Padre en éste versículo, mencionada por primera vez en la historia de la humanidad y revelada por nuestro Señor Jesucristo.

Con esa imagen de Dios Padre, se refiere Pablo para que nosotros entendamos y asociemos el amor paternal divino de Dios hacia nosotros, con el amor paternal humano de nuestros padres naturales, y así logremos comprender mejor el propósito del sufrimiento humano.

Según San Pablo el sufrimiento está claramente destinado a fomentar la salvación eterna de nuestra alma inmortal.

Dios condenaría nuestra alma a la perdición, si no nos hace pasar por todas las pruebas y aflicciones, y si no nos hace regresar a su atrio, cuando nos hemos alejado de él.

Así como nuestros padres naturales, nos condenarían a una vida malograda y desgraciada, si en el hogar no nos corrigen por amor y por nuestro futuro bienestar social.

Mientras nuestros padres nos corrigieron con disciplina para ésta corta vida terrenal, Dios nos corrige con amor paternal para la futura vida eterna.

Seríamos muy tercos y obstinados si no podemos soportar con entereza y paciencia las pruebas y aflicciones que Dios permite que padezcamos, mientras él por medio de su corrección divina, está mostrando su buena voluntad para con nosotros y teniendo tanto cuidado por la salvación eterna de nuestra alma.

Tratando de entender el amor paternal de Dios.

Desdel el preciso instante en que creí, conocí y finalmente entendí mi dualidad cuerpo y alma, empecé, por un lado a vislumbrar el misterio de mis propias luchas interiores y exteriores, y por el otro, a comprender mejor ésta vida terrenal pasajera, el Evangelio de Jesús y su sacrificio en la Cruz, y la maravillosa promesa de vida eterna después de mi muerte física.

Cómo se puede deducir evidentemente, tanto de los versículos que hemos mencionado anteriormente del nuevo testamento como de la interpretación diáfana y lúcida de San Agustín, la primacía y la superioridad del alma humana sobre el cuerpo en nuestra dualidad natural, es una realidad manifiesta e innegable.

La bellísima y luminosa alegoría de San Pablo de nuestra dualidad y la superioridad del alma en relación al cuerpo, que dice « **Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro..** »; no puede ser más ilustrativa y contundente.

Pablo iguala el alma humana a un tesoro, y a nuestro cuerpo de carne y huesos a una frágil vasija de barro, que inevitablemente termina desmoronándose.

Al entender y aceptar el hecho de que alma es nuestro gran tesoro, es cuando esos conocidos misterios que antes no comprendíamos para nada, ahora después de éstas revelaciones, empezamos entonces a reconocerlos y descubrirlos, en primer lugar en la Biblia y en segundo lugar, en la literatura novelesca.

Les transcribo a continuación, un ejemplo excelente que se encuentra en la novela *Ifigenia*, escrita en 1925 por la escritora venezolana Teresa de la Parra. Un libro como muy pocos de la literatura mundial, en el que la señora de la Parra con una sensibilidad espiritual extraordinaria, logra expresar sus íntimas vivencias con una naturalidad tan sincera y tan fresca, que deja al lector completamente fascinado y embelezado:

„...miro por un instante con extraordinaria lucidez, el inefable misterio de las cosas, adivino los secretos equilibrios de la vida, y acabo de admirar con toda mi alma la bondad de la Providencia, que en su santa economía, ha puesto el cuidado de nuestra salud física entre las manos de los que nos aman, y el cuidado de nuestra salud moral entre las manos de los que nos aborrecen.

Gracias a tan sabia distribución, el odio viene a ser tan altruísta o más altruísta que el cariño. He aquí como no deben juzgarse las cosas a la ligera, y como el odio, a pesar de su mala reputación, es en realidad el despierto centinela que vigila nuestra virtud, la base más sólida sobre la cual se asienta nuestro sentido moral y el semillero donde crecen juntos y entrelazados la pureza y el espíritu de previsión”.

Los seres humanos amamos en primer lugar, los cuerpos que vemos y sentimos, y Dios ama paternalmente en primer lugar, nuestra alma que ve y siente como suya.